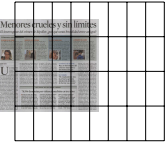


		Tirada: 243.781 Difusión: 194.763 (O.J.D) Audiencia: 681.670 (E.G.M) 04/11/2008	Sección: - Espacio (Cm_2): 691 Ocupación (%): 86% Valor (€): 7.724,51 Valor Pág. (€): 8.920,00 Página: 26	
Nacional Diaria	General			Imagen: Si

Menores crueles y sin límites

El interrogante del crimen de Ripollet: ¿por qué tanta brutalidad entre amigos?

Crímenes entre menores

EL ASESINO DE LA CATANA

José Rabadán Pardo, de Murcia, mató a sus padres y a su hermana pequeña en el año 2000 con una espada de samurái cuando tenía 16 años. El joven ingresó nueve meses en la prisión de Sangonera, tras lo cual pasó a un centro de me-



nores. Ahora José Rabadán Pardo está en libertad vigilada y hace poco se supo que se había trasladado a Santander.

MUERTE EN ESPARREGUERA

El 23 de agosto murió el marido de la alcaldesa de Esparreguera, José Luis Pérez Barroso, de 52 años, tras pasar una semana en coma. Tres menores de 15, 16 y 17 años le dieron una paliza. La patada de uno de ellos tumbó al hombre



en el suelo, se golpeó la cabeza y tuvo que ser ingresado en el hospital. Los jóvenes habían estado increpándole antes.

LA JOVEN SANDRA PALO

Sandra Palo tenía 22 años y padecía una disminución psíquica en grado de un 56% a causa de un accidente automovilístico. Un camionero encontró su cuerpo el 17 de mayo del 2003 en un polígono industrial de Leganés (Ma-



dríd). Había sido secuestrada y violada por tres menores de edad y un chico de 18 años. Después le prendieron fuego.

LA INDIGENTE DEL CAJERO

Tres jóvenes del barrio de Gràcia de Barcelona, uno menor de edad y los otros dos con 18 años, quemaron viva a Rosario Endrinal mientras dormía en un cajero el 16 de diciembre del 2005. Hace dos semanas se celebró el juicio



por estos hechos en Barcelona, listo para sentencia. Los acusados dijeron que sólo querían "molestar" a Rosario.

JAVIER RICOU
Lleida

Un crimen digno de estudio, que rompe límites. La extrema brutalidad empleada por el autor o autores de la muerte de la chica de 14 años de Ripollet, degollada, y las circunstancias que rodean ese homicidio convierten este caso en excepcional. Es la opinión de diferentes expertos en menores que, partiendo siempre de presunciones, buscan una explicación al uso de una violencia tan desproporcionada entre esos adolescentes, con una relación aparentemente amigable y un final sorprendente por su crueldad.

La realidad ha vuelto a superar, una vez más, todas las teorías sobre el comportamiento de los menores y el caso ya ha llegado hasta la misma universidad como tema de estudio. El crimen de la joven de Ripollet fue ayer objeto de debate en una de las clases a los futuros educadores sociales -cuya misión será detectar y corregir a tiempo estas reacciones violentas- de la Ramon Llull. El profesor, Jaume Funes, psicólogo

especialista en adolescentes y ex adjunto al Síndic de Greuges, planteó esta pregunta a sus alumnos: "¿Qué se esconde detrás de tanta crueldad?". La respuesta no es sencilla ni para los expertos.

Funes parte de varias premisas -siempre con la prudencia de la contención al no conocer con detalle los hechos- en su ánimo por resolver la cuestión. "En teoría hablamos de tres menores que mantienen una aparente relación amigable; los dos chicos van a ver a una amiga de clase poco antes de la medianoche sin esconderse

de nadie. Y ella baja al parecer a la calle al cabo de unos minutos, lo que demuestra que no teme a esos compañeros", relata Funes.

Lo que pasó a partir de ese momento compete al ámbito policial, pero el origen de ese encuentro y sus consecuencias es lo que ahora estudiarán psicólogos y psiquiatras. El dato de una posible relación de amor o deseo entre la chica muerta y uno de los menores que fueron a buscarla a casa adquiere importancia a la hora de buscar el detonante de tanta brutalidad. Funes se inclina por

EL AVISO DE LOS EXPERTOS

Hay un incremento del refuerzo masculino y discriminación por sexos entre menores

LOS PORQUÉS

"El ensañamiento tras la primera agresión obedecería al intento de borrar esa escena"

pensar -todo son hipótesis- que una causa de la reacción violenta de los menores podría estar en la frustración de uno de ellos al sentirse rechazado o engañado por la chica. "Lo más importante a estas edades es sentirse apreciado y querido. Puede pasar que se pierda la capacidad de encajar un rechazo delante de todo el grupo", añade Funes. Cuesta de entender, pero Javier Urra, psicólogo forense de la Fiscalía del Tribunal Superior de Justicia de Madrid, corrobora también esta hipótesis. "Yo he recogido testimonios en algunos de mis libros de reacciones muy violentas protagonizadas por chicos de tan sólo 14 años que no han encajado un rechazo amoroso", afirma Urra.

Hablar de violencia machista sería aventurado a una edad tan temprana, indican estos expertos, pero sí que cabría entender las reacciones de esos chicos como una violencia por cuestión de género. "Más allá de este caso concreto, hemos detectado un problema preocupante en las primeras relaciones entre adolescentes. La afirmación masculina impera en muchos casos y eso degenera en violencia cuando el sexo opuesto dice no", revela Funes.

LOS DATOS DE LOS MALOS TRATOS

78.594 denuncias por violencia machista en tres años

■ Desde el 2005, la justicia española ha dictado 78.594 resoluciones condenatorias por casos de malos tratos. El dato fue revelado ayer por la presidenta del Observatorio contra la Violencia de Género y vocal del Poder Judicial, Inmaculada Montalbán, quien añadió que desde enero del 2007 hasta el segundo

trimestre del 2008 se habían presentado 197.315 denuncias. El 10% de ellas fueron retiradas. No obstante, siete de cada diez mujeres asesinadas no habían denunciado su caso. Los juzgados de violencia han recibido en estos tres años 112.081 peticiones de protección. Las solicitudes de este tipo son crecientes

entre la mujeres inmigrantes, casi un 37% del total.

El último caso de violencia sexista conocido tuvo lugar ayer en Barcelona, cuando un hombre de 21 años, Delfi Albert W.A., desfiguró con un cuchillo a su ex novia, de 26 años. El agresor tenía orden de alejamiento y fue detenido. / J.Mª. Brunet

LA VANGUARDIA		Tirada: 243.781 Difusión: 194.763 (O.J.D.) Audiencia: 681.670 (E.G.M.) 04/11/2008	Sección: - Espacio (Cm_2): 798 Ocupación (%): 100% Valor (€): 11.690,00 Valor Pág. (€): 11.690,00 Página: 27	
Nacional Diaria	General		Imagen: Si	



Un llanto adolescente. Los amigos de Maiores -muchos, y también de los dos acusados- hicieron ayer una marcha silenciosa por Ripollet. En la foto puede apreciarse el dolor de las adolescentes llorando la pérdida de M.ª Dolores. La comitiva llevó velas hasta el descampado donde apareció degollada la niña

Urra recuerda otro ejemplo de una chica de tan sólo 14 años que le explicó que su novio le cogió la cabeza y se la golpeó contra una pared cuando le manifestó su intención de dejar la relación.

Pero de ahí a torturar a la chica hasta causarle la muerte hay un gran trecho. Y eso es lo que pasó en Ripollet. Tanto Urra como Funes se preguntan qué intenciones tenían esos menores al ir a ver a la chica. El primero indica que el hecho de que uno de ellos llevara una navaja "podría interpretarse como una clara intención de causar daño e indica madurez". Pero lo que rompe esquemas, añaden ambos, es la brutalidad empleada por esos menores después de herir en el cuello con la navaja a la víctima. Para Funes "ese ensañamiento inexplicable después de la primera agresión podría interpretarse como un signo desesperado por borrar esa escena y es un síntoma de la poca habilidad que se tiene a estas edades para gestionar un drama". Urra opina que la experiencia ha demostrado que esa brutalidad no es patrimonio de los adultos y los golpes hasta desfigurar la cara la chica "son apestados desde el odio", cuyo origen podría ser la no aceptación del rechazo.

Nora Rodríguez, pedagoga y autora de libros sobre violencia entre menores, no cree equivocarse cuando afirma que por los detalles que conoce del crimen de Ripollet todo apunta "a una agresión motivada por una cuestión de género". Rodríguez alerta de que entre los adolescentes crecen los casos de "sumisión femenina".

Uno de los acusados anunció a su víctima que iría a verla sin desvelarle el motivo

Maldita sorpresa

ENRIQUE FIGUEROA
Ripollet

María Dolores, Maiores, como muchos la llamaban, o Pequeñuela, como también la conocían otros, vivía sus sentimientos de forma apasionada, como muchos adolescentes. El chico al que, cuentan sus compañeras, "quería desde hacía dos años" fue el que supuestamente le dio muerte. "Ese hombre al que tanto amabas no vivirá para ser feliz porque si no se muere ahora lo hará cuando me lo encuentre", escribía recientemente una amiga de la fallecida en su fotolog. Sergio, uno de los acusados, conocido también como Chencho, es otro niño de 14 años como Maiores, también vecino de Ripollet. Luis, según la fiscalía, colaboró en el crimen junto a Chencho. Ambos están acusados de homicidio.

Los testimonios, algunos del círculo íntimo de la menor, apuntan a que los sentimientos tuvieron un papel muy importante en este caso, cuya escena del crimen evocaría un clásico crimen sexual, sólo que los informes señalan que la menor no fue violada. Maiores apareció en un descampado a menos de tres

manzanas de su casa degollada y con numerosos golpes en la cara. Estaba descalza. Sus zapatillas de andar por casa se encontraban a varios metros del cuerpo. Ella iba con ropa cómoda y una bata que la cubría. Un camionero descubrió el cuerpo mientras trataba de aparcar su tráiler. Era la 1.30 h del sábado. El crimen era muy reciente.

Maiores y Chencho se conocían del instituto. Llevaban juntos varios cursos. A la chica le gustaba el joven, "pero él no le hacía ni caso". Sin embargo, la

La fallecida había confesado a sus amigas que hacía años que le gustaba su supuesto verdugo

semana pasada se produjo un giro. El ahora acusado de homicidio, un joven de pelo rubio y un corte de pelo que dibujaba con el flequillo una acentuada diagonal que descendía desde la frente hasta el pómulo, le dijo que tenía para ella una sorpresa. Las amigas y ella misma interpretaron que "iba a pedirle para salir". Maiores se mostró ilusionada hasta el punto de que, pe-

se a que el joven quería verla el sábado, ella insistió en que se encontraran, aunque fuera sólo un momento, el viernes. Así fue.

Chencho y Luis acudieron al tramo de la avenida Sant Jordi donde vivía la víctima y donde lo hacía también uno de los acusados. Eran las doce de la noche. Fueron primero a llamar a una amiga de Maiores que vive enfrente. Preferían ser cuatro. Los padres de C. no permitieron que su hija bajara a la calle. Entonces buscaron a la Pequeñuela. Se desconoce la excusa que puso la adolescente para bajar un momento a la calle. Pero no iba apropiada para salir. Creía que serían sólo unos minutos. No se arregló. Se dejó las zapatillas y se puso una bata.

Hubo testigos que los vieron alejarse por la avenida, alguna otra amiga del instituto que estaba al corriente de la emoción con que la víctima esperaba el momento de encontrarse con el que supuestamente acabó siendo su verdugo. Una hora y media después apareció el cadáver de María Dolores. Uno de los dos acusados usó contra ella un arma blanca que, presumiblemente, llevaba encima. También se utilizó un palo o un bate. La joven se desangró sola en la húmeda tierra de aquel descampado entre fábricas.

Fuentes cercanas a la investigación no acertaron ayer a fijar un móvil concreto para este crimen, aunque las pruebas abrumadoras recogidas y la supuesta confesión de uno de ellos -que después se transformó en acusaciones cruzadas- los convierten en *presuntos* con letras mayúsculas. Y eso, a pesar de que algunos compañeros definieron ayer a los dos chicos, ahora internados en un centro de menores, como "normales, incluso serviciales", con todo y que amigas íntimas de la fallecida evocaron supuestos episodios en los que uno de los internados habló de su curiosidad por lo que supone la violencia.

La calle donde vivía Maiores era ayer un ir y venir de amigos. Convivía con su madre, el marido de su madre -"el padre hace años que no se sabe dónde está", dijo un amigo de la familia-, su hermano mayor, de 17 años, y su abuela, que tiene problemas de movilidad, por lo que a veces recibían ayuda de los servicios sociales.

Los amigos de Maiores -muchos, también de los dos acusados- hicieron ayer una marcha silenciosa por Ripollet. Llevaban velas hasta el descampado donde apareció la niña que aquella noche recibió la peor de las sorpresas.